

FILOSOFÍA

El lugar del sufrimiento

Javier Sádaba contornea en *No sufras más* un mapa existencial para que el dolor ocupe la mínima extensión posible



SILVERIO SÁNCHEZ
CORREDERA

Si tuviéramos que resaltar una nota característica del pensamiento de **Javier Sádaba** empezáramos diciendo que destaca por su aversión al dogmatismo. Pero esto no ha de interpretarse como el primer escalón para anunciar acto seguido un más o menos velado escepticismo. Porque unos pocos principios teóricos resultan irrenunciables. Los valores éticos se construyen desde el utilitarismo y el cálculo de las consecuencias pero también desde algún conjunto de principios y deberes.

En **No sufras más** profundiza en uno de estos principios: el sufrimiento no tiene valor, lo que sí tiene valor incontestable es la felicidad. Pero no extrae este fundamento de ninguna evidencia antropológica, tampoco de ninguna verdad teológica y aún menos de ninguna creencia religiosa. Nuestro filósofo analítico mantiene un pensamiento laico y muy apegado a la praxis vital, interesado en desplegar ideas con el máximo de coherencia frente a las ideologías deformantes, los dogmatismos religiosos o las costumbres acríticamente atrincheradas. Su análisis da la impresión de aspirar, más que a elevar una potente teoría, a esclarecer con todo cuidado racional lo que es defendible de la tergiversación.

Catedrático de Ética y de Filosofía de la Religión, es uno de los más mediáticos entre un puñado destacado de filósofos españoles que el público puede seguir en la tv, la prensa y los debates de opinión — **Savater, Marina, Bueno, Albiac...**—. En este sentido, no olvida que la corteja del filósofo es hacerse entender y por ello deduce el valor de la felicidad desde las obligaciones del vivir práctico. Una vez situado en este plano siempre está dispuesto

a acudir a la filosofía académica y a la ciencia, para acabar de pulir las ideas. Rodea su argumentación de abundantes citas que van más a la caza del concepto concreto que del autor en sí mismo, lo que le da un aire ecléctico, si bien no puede disimular una afinidad con las filosofías de **Aristóteles** o **Hume** mezclado de guiños al epicureísmo, taoísmo y budismo, ni tampoco oculta, pues él mismo lo pone en evidencia, los fuertes lazos que le unen a **Wittgenstein**.

Suponemos que académicamente parte de ciertos esquemas históricos bien conocidos, aunque no lo analiza en detalle en este libro: fueron ciertas filosofías, sobre todo las estoicas, las que consiguen o bien dar un valor antropológico al sufrimiento —cristianismo—, o bien entender la felicidad racional alejada de los placeres sensuales —estoicos—, o bien interpretar el bien ético diferenciándolo de la felicidad —**Kant**—. **Javier Sádaba** se situaría en este tema frente a estas tres corrientes, aunque no se constata sino indirectamente, pues su metodología, aquí, persi-

gue más ser didáctica que polémica y se dirige más a la inmensa mayoría que a un público especializado.

La felicidad es un fin consustancial a la vida humana y tiene que ver con la «vida buena», con una vida éticamente valiosa, pero también sin duda con la «buena vida», con una vida placentera. Con esta sencilla tesis del más llano sentido común aristotélico echa por tierra cualquier pretensión de dar positivo cobijo al sufrimiento.

Más de uno pensará, con bastante razón, que esto es teorizar sobre obviedades. Sin embargo, el problema empieza a admitirse teóricamente mejor cuando partimos del hecho de que el sufrimiento y el dolor son partes constitutivas de la vida humana. Entonces, si rechazamos el sufrimiento, qué hacemos con él, dónde lo metemos. A aclarar dónde meter el sufrimiento dedica Sádaba la segunda y tercera parte de su libro, las que aportan ideas más prácticas, después de que en la primera parte ha argumentado su tesis básica, establecida en tres niveles: 1º) la felicidad es un constitutivo subyacente —«genético»— e irrenunciable al que tiende el animal humano; 2º) la felicidad no es completa si no incluye el conjunto de bienes placenteros y gozos cotidianos, y 3º) la felicidad requiere conseguir dar un sentido personal al sinsentido general de la vida.

En este libro que destaca por su claridad y sencillez expositiva, nuestro autor quiere ilustrar cómo la salud, el amor, el trabajo y la política han de intervenir en la construcción de una vida feliz. También aplica su defensa de la felicidad a iluminar el tramo en el que ya no tiene sentido seguir viviendo y, entonces, una prudente eutanasia puede ser reivindicada como posible salida airosa.

Especializado en temas de bioética, de eutanasia, de teoría ética y de filosofía de la religión, este ensayo se inscribe en una temática que ha desarrollado a lo largo de toda su vida y que ha retomado con fuerza también en sus dos libros anteriores: **La vida buena** (2009) y **El amor y sus formas** (2011). **No sufras más** parece cerrar el triángulo.



No sufras más. La felicidad en la vida cotidiana

JAVIER SÁDABA
Ediciones Península, Barcelona, 2012,
238 páginas

LECTURAS

Simenon inquieta

Visiones de un autor prolífico cuyas novelas nunca defraudan y siempre son fuente de gozo literario

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Mi tontería juvenil sobre el escritor belga (insisto: belga de Lieja, nada de francés) **Georges Simenon** (1903-1989) me la quitó para siempre el gran **Gonzalo Torrente Ballester** una tarde de otoño en su casa de la Gran Vía madrileña, a mediados de los 70 del XX. Estaba yo alabando a los novelistas del «nouveau roman», como correspondía a la bobada de entonces, y babeando al mencionar a **Robbe-Grillet** y su precisión descriptiva, a **Nathalie Sarraute** y su calidad objetivista (Dios los haya perdonado a ambos), cuando el viejo maestro, harto sin duda de aguantar la perorata de aquel pedante provinciano y estructuralista, me soltó: «Desengáñate: para describir en unas líneas y meterte dentro del ambiente, **Baroja**, y sobre todo, **Simenon**». **Baroja** tenía un pasar, pero ¿**Simenon**? ¿Cómo podía alguien como don Gonzalo recomendar a un escritor de masas, a un bestsellerista, al creador de un personaje tan gris como el comisario Maigret? Pero como el maestro era el maestro me puse a leer a **Simenon**... y no he dejado de leer a **Simenon** hasta hoy. Por eso recibí con gusto ya hace unos cuantos años que Tusquets editase las casi obras completas del tipo, apadrinadas por **Gabriel García Márquez**. Porque para entonces ya me gustaba muchísimo **Simenon**, pero ciertas indecisiones de carácter me obligaban a callármelo hasta que una «autoridad» lo refrendase. Ahora, la bene mérita y tan cuidadosa editorial Acantilado vuelve a la carga con un minivolumen introductorio, más **El gato** (que no es de la serie de Maigret) y **Pieter**, el león (que es la primera novela de la serie de Maigret: 1931), amén de la promesa de seguir editando casi todo de tan estupendo escritor en busca de una nueva generación de seguidores, de fans, de fanáticos como yo.

Simenon escribió lo indecible: cerca de

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Una China imaginada que no es imaginaria

No son lo mismo los países imaginarios que los imaginados. El argentino afincado en España **Eduardo Bertí** (1964) le tiene una particular querenza a los segundos. De hecho, su primera novela, **Agua**, transcurre en una ciudad imaginaria de Portugal, mientras que la siguiente, la londinense **La mujer de Wakefield**, la escribió sin haber puesto los pies en su vida en Londres.

El país imaginado en **El país imaginado**, premio «Las Américas» de 2011, es la China que desde la década de 1930 a la de 1950 se desliza del antiguo régimen al maoísmo. Una China —tratada, en palabras del propio Bertí, con «un realismo fabuloso»— en la que una jovencita de 13 años vive aterrorizada por un matrimonio de conveniencia, visitada por el fantasma de su abuela e inmersa en una sociedad anclada en tradiciones que se descomponen. Historia de amores, amistad, familia y muchos fantasmas, la China de Bertí se vuelve el peculiar cauce escogido por el autor para indagar en su propia experiencia mediante el contraste con lo ajeno.



El país imaginado

EDUARDO BERTÍ
Introducción de
Alberto Manguel
Impedimenta
236 páginas
19,95 euros

La animalidad de la pulsión incontrolable

Ya desde su poderoso y sorprendente debut narrativo —los cuentos de **Las escamas del dragón** (Páginas de Espuma, 2005)—, **Carola Aikin** dejó claro que los animales son su instrumento favorito para desvelar las pulsiones brutas que alientan en los seres humanos. No era casualidad, claro. Bióloga de formación hispano-británica, Aikin pasó más de una década de su vida dedicada al estudio de animales «salvajes». Ahora, en **Mujer perro**, su segundo volumen de relatos, la autora le da una vigorosa vuelta de tuerca a su bistoria narrativa para explorar las identidades femeninas.

En cada página de estos relatos, la tenue piel de la cotidianidad se hincha, se deforma y hasta se rasga a merced del impulso salvaje que late bajo la apariencia de la domesticidad. Surgen así, a dentelladas que abren brecha en las murallas de lo que se suponía previsible y controlado, afiladas fantasmagorías que alertan sobre la magnética pluralidad que constituye a los personajes. Espléndida confirmación de una voz muy singular.



Mujer perro

CAROLA AIKIN
Páginas de Espuma
168 páginas
15 euros